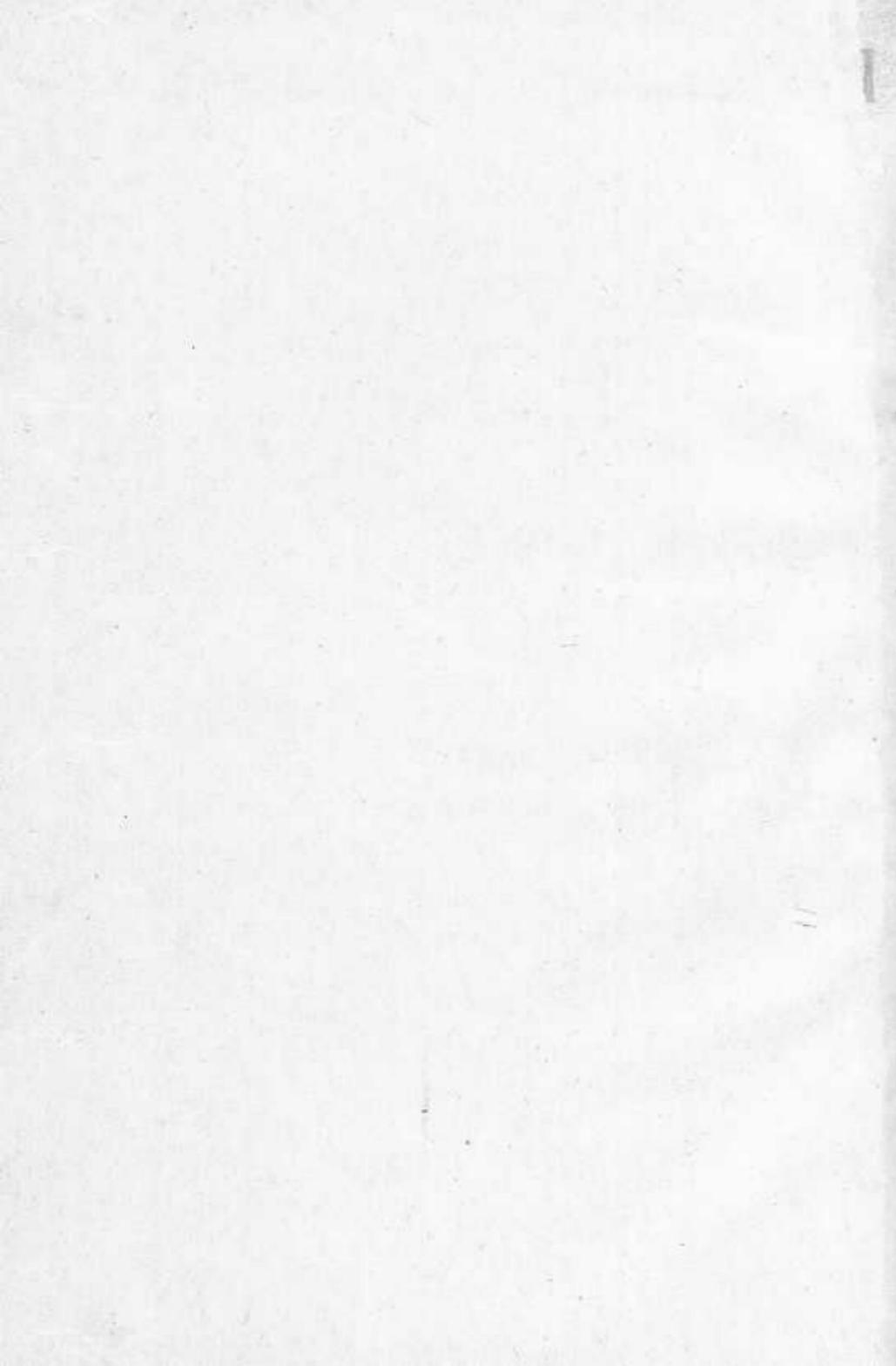


W. P. LALANDA









LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO



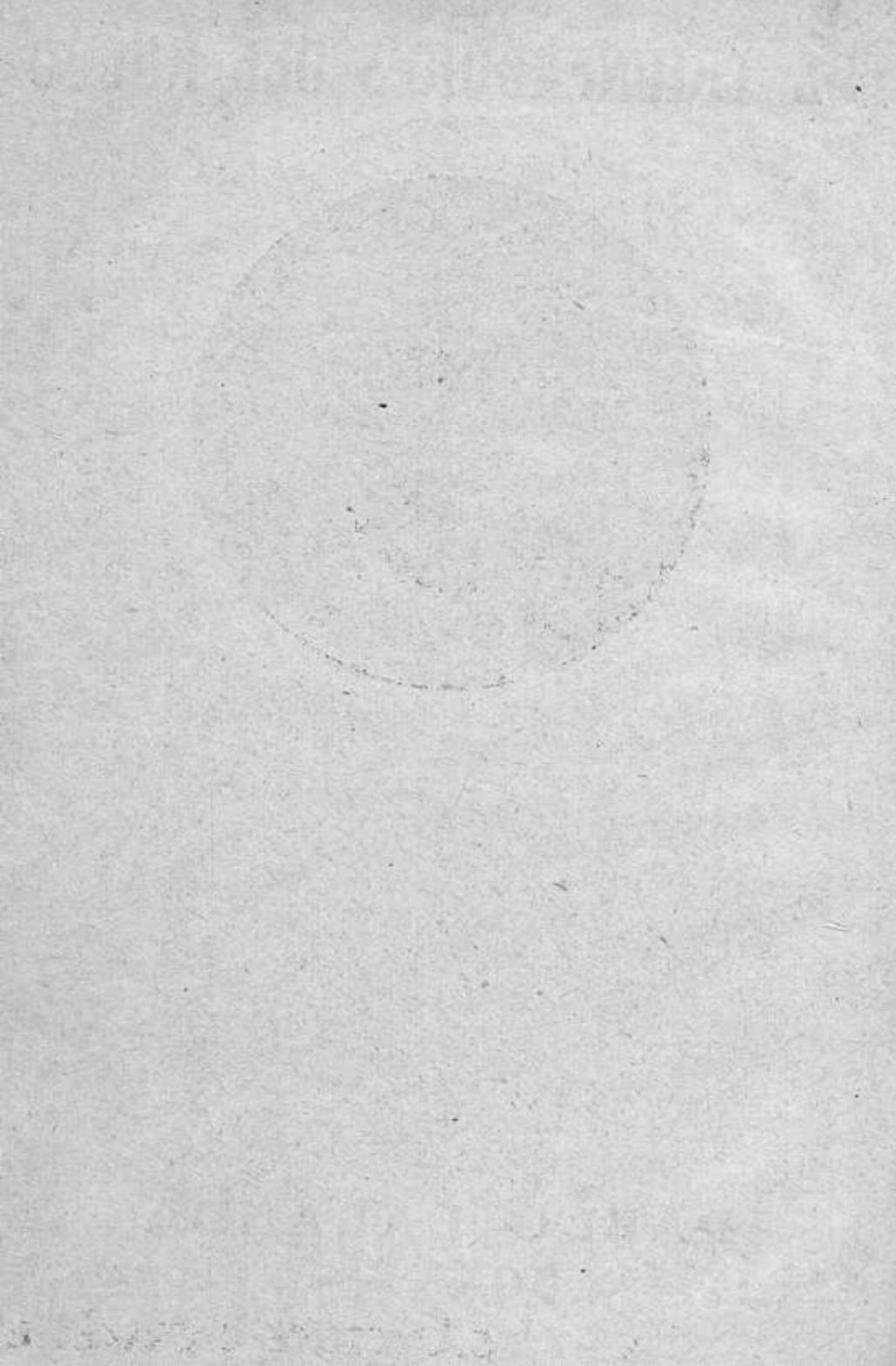
PABLO LALANDA

Año II

3,0 céntimos

Núm. 4

SÁNCHEZ CARRÉRE



LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Calabria, 96 Barcelona Teléfono 173-H

Año II



Núm. 4

Ediciones BIBLIOTECA FILMS



PABLO LALANDA

“El torero que todo lo
domina”



Relación documentada

por

Adolfo SÁNCHEZ CARRÉRE

*Con este número se regala una postal
de PABLO LALANDA*

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA



Pablo Lalanda



El torero que todo lo domina

Hablando con Gracia

Es creencia harto extendida que los toreros y sus afines, debido a su origen proletario, son por lo general, gente ayuna de modales urbanos y refinamientos cortesés. ¡Cuán lamentable error! Para desmentirlo basta que la necesidad le encamine a uno hacia la calle del Príncipe, donde se halla la «Asociación de toreros». Cuantos datos usted necesite referentes a información taurina, sean de la importancia que sean, allí se le facilitarán con exquisita atención y amable apresuramiento.

Al escribir esto la gratitud y la experiencia nos dictan.

Repetidas veces hemos precisado el efectuar indagatorias domiciliarias en aquel Centro, donde siempre hallamos personal bondadoso dispuesto a la inmediata satisfacción de nuestra curiosidad, por lo forzosa, disculpable,

Manuel Gracia es, indudablemente, uno de los que con mayor merecimiento representan la amabilidad de aquella Casa, en compañía del recibidor, joven enjuto de carnes, de aspecto simpático, cuyo trato afable y cordialísimo produce en el visitante una grata impresión.

El día que necesitamos averiguar el paradero de Pablo Lalanda, para incorporar su relevante figura a la serie de «Los triunfadores del ruedo», la amabilidad característica de Manuel Gracia, extremóse con nosotros hasta lo increíble.

—¿Van ustedes a hacerle a Pablo una interviú?—nos preguntó, emocionado.

—Sí.

—Ustedes no saben lo que les agradezco esta deferencia.

—¿Usted?... No comprendemos.

—Soy su apoderado.

—¡Ah! Ya. ¿Se dedica usted al apadrinamiento de los diestros?

—Sí. Y Pablo es uno de los toreros que tiene Gracia—añade el joven simpático—. Ahora, precisamente está en Madrid. ¿Cuándo quiere verle?

—Cuanto antes mejor.

—¿Mañana mismo?

—No hay inconveniente.

—Muy bien. Pues a las cuatro de la tarde le esperamos en Fornos.

—A las cuatro iremos.

—Una advertencia. No se descuiden, porque Pablo tiene que ir a la escuela y sentiría no poder atenderles.

—¿A la escuela, dice?

—Sí. Está aprendiendo la instrucción y el manejo del fusil para su próximo ingreso en el Servicio Militar.

—¿Entra en quintas este año?

—Sí, señor.

—¡Sentirá mucho su ausencia la «afición»!

—Confiamos en que sea breve. Pablo no puede vivir alejado del toreo.

—¿Tan grande es su vocación?

—Enormísima. Mañana se lo dirá él.

—¡Hasta mañana, entonces!

—A las cuatro ¿eh? No lo olvide.

Frente al torero

Llegamos al café de Fornos, lugar de la cita, con puntualidad española, es decir, media hora más tarde.

El legendario establecimiento, mudo testigo de tantos hechos históricos memorables y albergue nocturno durante muchos años de las más prestigiosas y populares figuras literarias, dramáticas y periodísticas, aparece a aquella hora ocupado, casi en su totalidad, por gente de coleta, que formando tertulias diseminadas y numerosas, discute y pone en duda los valores ajenos, mientras ensalza los propios.

En uno de estos corrillos, compuesto por don Narciso Díaz de los Arcos, redactor de *El Imparcial* y de *El Mercantil Valenciano*, don Federico Morena, «Chatarra», del *Heraldo de Madrid*, don Federico del Oro, Alejandro de la Villa y el famoso «Maera», antiguo mozo de estoques de Rodolfo Gaona y hoy Represen-

tante de la Empresa de Méjico, asistentes habituales a la «peña», nos apoderamos con Manuel Gracia, apoderado del diestro Pablo La-



En los festivales benéficos siempre ha aportado Pablo Landa, su concurso, y puesto tanto empeño como en las corridas de pago

landa, quien sentado un poco distante de sus contertulios, parece alejar voluntariamente su pensamiento de las chanzas y referencias que, incesantes, surgen de la plática general.

Aprovechamos este aislamiento para observar a nuestro sabor los rasgos fisonómicos del torero.

Es moreno. En su rostro tostado y simpático que denuncia su edad juvenil, se plasma constante el gesto serioso de una preocupación prematura. Menos insistentes sus ojillos negros y menudos, apenas si se posan en nosotros, como rehuyendo su vergonzoso mirar que contrasta con el gesto irónico de sus labios, torcidos levemente en la sonrisa.

Por su indumentaria modesta, de artesana sencillez, más que torero nos parece un estudiante menestral.

Diríase de Pablo que se halla en el preparatorio de cualquier carrera al uso, por su aspecto y sus pocos años, en lugar de hallarse en la cumbre de la tauromaquia, por su arte y sus merecimientos, ayunos de influencias y compadrazgos proteccionistas.

Pablo, no obstante haber llegado por su propio y legítimo valer, se expresa con afable naturalidad y sin esa «pose» de orgullo enfático, tan usual y comprensible en los elegidos del Triunfo y de la Fortuna.

La primera suerte

—¿Dónde nació usted?—le preguntamos.

—En Ventas con Peña Aguilera, provincia de Toledo.

—¿Sintió usted la afición siendo muy niño?

—Desde que iba a la escuela.

—Se comprende.

—¿Por qué?

—Cuando se va a la escuela suele despertarse casi siempre la afición a los «novillos».

—Cierto que sí.

—¿Y como fué el arrimarse usted a los toros?

—Pues usted verá. Un año, había yo cumplido los once, acordaron dar en el pueblo, con motivo de las fiestas, una becerrada, número indispensable, como usted sabe, en el programa de ferias de todo lugar de España que cuente con cuatro vecinos. Aprovechando la estancia de una «punta de ganado» de Biencinto, por aquellos contornos, la Comisión organizadora, de la cual formaba parte mi padre, como Secretario del Ayuntamiento que era...

—¿Luego usted es torero municipal?

—De origen, sí, señor. ¿Le extraña?

—Que haya salido matador, sí nos choca. ¿A qué negarlo? Tratándose de la jurisdicción de los Alcaldes, lo natural es que hubiera usted resultado un buen picador, ya que todos sueñan con una buena «vara».

—A mí la suerte de varas no me «tiró» nunca, y eso que es una suerte que le «tira» a cualquiera.

—Por lo graciosa, ¿verdad? ¡Sí que tienen buenas «caídas» los picadores!

—¡No lo sabe usted bien! Como le iba diciendo, la Comisión organizadora adquirió para la corrida unos cuantos becerros, procedentes de la «punta» de ganado mencionada.

—¿Los soltarían embolados?

—¡Quiá, no, señor!

—¿Y en el pueblo torearon así aquel ganado de punta?

—¡ Naturalmente! Allí fué mi «début». Marcial, mi primo, comprometióse a matar uno de los becerros. «¿Y tú? ¿No vas a hacer nada?»—me preguntaron a mí. Yo me mostré indeciso, pero ante las insistentes indicaciones accedí a ejecutar la primera suerte de mi vida torera.

—¿Que fué...?

—Poner un par de banderillas.

—¿Sería el bicho pequeño?

—Un añojo.

—¿Y quedó usted bien?

—Superiormente.

Apertura del curso tau- rómico

—¿Le animaría a usted aquel pequeño éxito?

—Mucho, claro está. Tanto que al año siguiente me trasladé a Madrid, por invitación y consejo de mi tío, el padre de Marcial, que fué vaquero de don Enrique Salamanca y luego mayoral de la Empresa de Madrid. Ya en casa de mi tío, y en compañía de Marcial, aquél se erigió en nuestro director y maestro, cumpliendo su cometido con tal celo y rigurosidad que gracias a él, Marcial y yo somos hoy toreros de profesión.

—¿Dónde les daba a ustedes las lecciones?

—En el local más apropiado que puede usted imaginarse.

—¿En la Plaza de toros quizá?

—En la misma Plaza, sí, señor. Todos los días, a las seis de mañana, en verano, y a las nueve, en invierno, nos sacaba a empujones de



Como banderillero tiene el supremo dominio de la suerte, ejecutándola a maravilla

la cama para conducirnos después a la Plaza de toros madrileña, en cuyas aulas y bajo su sabia dirección, cursamos las primeras asignaturas de la carrera taurina.

—¿De modo que comenzó usted practicando el toreo de salón?

—¡Menudo «salón»! El «anillo» de la plaza. ¡Usted calcule!

—¿En ese caso, fué toreo de coso?

—Esa es la cosa.

—Terminados los estudios, ¿darían pronto principio las prácticas?

—Un año más tarde.

—Es decir, cuando tenía usted la edad de...

—Trece años. En unión de Marcial, fué contratado para torear en Salamanca una corrida. Pero hubo de suspenderse nuestra actuación porque la Autoridad gubernativa, juzgándola impropcedente a causa de nuestra poca edad, denunció a mi tío, por lo cual nos vimos precisados a permanecer inactivos durante una temporada inacabable para los deseos vehementes de torear que poseíamos.

—¿Dónde se presentó usted al público por primera vez?

—En Toledo, mi tierra.

—¿Toreando...?

—Con Marcial, mi primo.

—¿Remunerados espléndidamente?

—Abono de una pequeña cantidad para mis gastos y pare usted de contar.

—¿Entonces su estreno del traje de luces...?

—Ése tuvo lugar en Morata de Tajuña, a los trece años de edad y toreado también con mi primo.

—Y su primera corrida «en serio», o sea con picadores, ¿dónde la toreó?

—En Quintanar de la Orden.

La ruta del triunfo

—¿Anduvo usted mucho tiempo por ahí, antes de su presentación en la Corte?

—Cuatro o cinco años.

—¿Cuántas corridas?

—Nueve o diez cada temporada.

—¿Y por fin...?

—Llegó lo anhelado: el «début» en Madrid. Este se verificó en la Plaza de Vista Alegre, de Carabanchel, cuando contaba yo quince años de edad.

—¿Con ganado...?

—De Cañada-Honda.

—¿Torearía Marcial con usted?

—¡Claro! Mi primo y yo no nos hemos separado hasta el año siguiente de aparecer en Madrid.

—¿Recuerda usted la fecha de su salida en la Plaza grande?

—En el circo de la carretera de Aragón me presenté a primeros de junio del año mil novecientos diez y nueve con toros de Veragua y en compañía de Marcial.

—¿Aumentaría entonces el número de corridas contratadas?

—Sí. A la temporada siguiente toreé treinta y cuatro corridas, si no falla mi memoria. Seguí dos años de novillero.

—¿Y tomó la alternativa...?

—El dos de octubre de mil novecientos veintiuno, de manos de Fortuna, con seis toros del Marqués de Llén, que matamos entre Fortuna, Chicuelo y yo.

—¿Cuál ha sido la corrida que toreó más a satisfacción, la de que guarda más grato recuerdo?

—La novillada del ocho de agosto de mil novecientos veintiuno, en Madrid, con reses de Villamarta.

—¿Rayó a gran altura?

—Himalayesca, sí, señor—refiere el simpático Manuel Gracia. Y añade:

—Con decirle a usted que por su labor de aquella tarde, algunos revisteros le denominaron «el Magnífico».

—Tampoco puedo olvidar la corrida del veintisiete de abril del año pasado, en que alterné con Ricardo Anlló, «Nacional» y José Roger, «Valencia». Los toros de Pérez Tabernero, resultaron mansísimos y nos aguaron el festival.

—Tratándose de «taberneros» nada tiene de particular que lo «aguasen».

—Sin embargo...

—Vea usted, vea usted—nos dice el apoderado, mostrándonos un recorte del diario *La Libertad*, donde el notable crítico «Rafael», al reseñar la corrida, escribe lo siguiente:

«Salió el tercer toro y hubo en la corrida los únicos momentos en que pudimos decir que asistíamos a una fiesta. Pablo Lalanda se adelantó al tercio, ofreció el capotillo al bruto, insistió, desafió, aguantó con valor y con deseos poco comunes, y el resultado fueron cinco ve-



Toreando con el capote, Pablo imprime a las suertes naturalidad y arte

rónicas prodigiosas de arte, de suavidad, de belleza; cinco verónicas en que se fundieron el arte y el dominio de Marcial, con el exquisito temple de Márquez. Cinco verónicas que no hay actualmente quien las mejores y apenas quien las iguale; cinco verónicas que pusieron al público en pie, que tuvieron la virtud de hacernos olvidar todo lo malo que por culpa de los toros habíamos visto y que arrancaron una ovación cerrada, clamorosa, unánime y justificadísima. Fueron cinco lances que pudieron servir de modelo por el temple, la suavidad y el dominio que hubo en ellos y el valor del muchacho que tirando del toro, llevándole empapado en los vuelos del capote, se lo pasó siempre a dos centímetros del pecho, quietos los pies, erguida la figura, tranquilo y, sobre todo, torero.»

En términos de parecido elogio continúa la revista, que devolvemos después de leerla.

Lo que dicen de Pablo los principales revisteros

—¿Está usted satisfecho de los juicios que le merece a la crítica taurina?

—Sí, señor. Todos los revisteros me han tratado bien, muy bien, demasiado bien, yo creo.

—Oiga y deduzca—nos ruega el apoderado, leyendo en *A B C*, en *La Voz*, en *El Imparcial*, en el *Heraldo de Madrid* y en *El Liberal*, las opiniones de sus imparciales e inteligentes redactores taurinos que se expresan en esta forma:

«Pablo Lalanda torea admirablemente de ca-

pa; da el natural con la izquierda sencillamente formidable; y cuando mata no tiene nada que envidiar a nadie».—*Eduardo Palacio Valdés*.

«Pablo Lalanda, «el bolo» está en la cúspide, como torero da el «do» tan sostenido, tan limpio y tan brillante como el que pudiera dar el primer Fleta de la tauromaquia de estos tiempos».—*Corinto y Oro*.

«Sólo por ver a Pablo Lalanda torear de capa, ligar unos muletazos y entrar a matar, merece que se le dé un trato de excepción. Para mí vale bastante más que algunos de los que pasan por figuras».—*Federico M. Alcázar*.

«Pablo Lalanda ha de vencer indiscutiblemente su mala suerte. Es un torero que torea de capa magistralmente, que domina las banderillas y la muleta, y que mata valiente y bien. ¿Qué mejores armas para vencer al sino?»—*El Barquero*.

«Escoged de la actual generación de toreros, en la que tantos especialistas del capote despuntan, aquel que se pare más en la suerte; unidlo al que, sin forzarla, componga más garbosa la figura, y fundid ambos en el que deje ir y venir la tela con mayor templanza y parsimonia, y no regateará su rúbrica a los lances de Pablo Lalanda».—*Clarito*.

—Esto dicen los revisteros principales.

—No opinarán igual los compañeros.

—Se equivoca. ¿Sabe usted lo que dice de Pablo, Juan Belmonte, el fenómeno de los fenómenos?—expone Gracia.

—¿Qué dice? Veamos.

—Pues algo semejante a lo que apunta «Cla-

rito», el revistero de *El Liberal*, o sea que Pablo Lalanda es el torero que al juntarse en sus lances con el toro, hace la figura más bonita y más gallarda por el estilo clásico y elegante que constituye su mérito característico.

—A propósito. Ya que hablamos de los demás lidiadores, ¿cuál es, Pablo, el torero que más le gusta de todos?

—A mí Belmonte. Creo que es el mejor indiscutiblemente.

—¿Y su ganadería predilecta?

—La de Villar Hermanos, de Zamora. Las tres corridas que llevo toreadas de esta divisa me resultaron bien.

—¿Y la de Miura, le infunde también pánico?

—Ninguno. Ni tengo motivo de queja contra este hierro. La única vez que los he lidiado salieron buenos y manejables.

La cogida de más importancia

—De sus declaraciones se deduce que usted no ve con malos ojos ni le guarda rencor a ninguna ganadería.

—Ciertamente. Y no será porque no tenga fundamento para repudiar algunas de ellas.

—Por lo menos aquellas que le mandaron al «hule».

—¡Claro!

—¿Sufrió usted muchas cogidas?

—No. Y todas de poca importancia. La de más consideración fué la que tuve en Pontevedra toreando con el pobre Nacional II.



En sus últimas corridas de temporada—feria de Zaragoza—ha llevado a cabo una labor excelente, terminando su campaña siendo aclamado y haciéndose acreedor a figurar en las venideras fiestas del Pilar

—¿Fué grave la lesión??

—Rotura del brazo derecho nada más.

—¿Y se la produjo...?

—Uno de Murube.

—¿Y sigue usted toreando los Murubes sin recelo?

—¿Por qué no? No todos los bichos van a tener las mismas ideas.

—Tal vez ocurra esto cuando se sindiquen.

—Mientras tanto, podemos estar tranquilos.

—¿Usted cree que los toros llegarán a sindicarse?

—¡Quién sabe! ¡Tantas cosas raras se ven en este siglo!

—Una curiosidad: ¿Tardan mucho en conocerse las intenciones de los toros?

—Según. Yo estoy obligado a conocerlos en seguida.

—¿Por qué?

—Por razón de origen. Mi abuelo era conecedor de la ganadería del Duque de Veragua.

Las galantes aventuras del torero

Para ameno remate de la interviú se impone la pregunta indiscreta y consabida, referente a sus amores o amoríos.

Vamos a formularla, cuando Manuel Gracia, el apoderado, interrumpiendo su conversación con los contertulios, se aproxima, jovial, a nosotros.

—¿Qué? ¿Le ha hecho usted que hable?— me pregunta.

—¡ Hombre, sí !

—¡ Milagro ! Porque éste no suelta tres palabras seguidas aunque lo maten.

—¿ Tan poco habla ?

—¡ Poquísimos ! Lo que un loro disecado.

—Eso revela una condición reflexiva.

—Dice usted bien. Quédese el uso del «pico» para los charlatanes de la política.

—Y para los cavadores de la tierra, que viven también del «pico».

El «botones» del café, avisado mozalbete, de rostro pícaro y agranujado, se acerca a Pablo para hablarle en voz baja al oído. Esta operación repetida infinidad de veces durante nuestra charla, llega a intrigarnos un poco.

Sospechando que pueda referirse a la desesperación axiomática de alguien que le espera, nos apresuramos a disculpar el perjuicio que hayamos podido causarle involuntariamente.

Nos disponemos a hacer mutis, pero Lalanda, sujetándonos rápido e insistente, nos lo impide.

—De ningún modo—nos ruega. Y para convencernos, puntualiza :

—Se trata de una persona que no me interesa en lo más mínimo.

—¿ Ya ?—interroga su apoderado, poseedor del secreto.

—Ya—confirma Pablo, sin inmutarse.

—¡ Parece mentira ! ¡ Tan guapa como es !

—¡ Ah ! ¿ Pero es una dama la que... ?

—Una dama, sí, señor—afirma el apoderado—. Está completamente loca por él.

—¡ Caray ! ¡ Qué suerte de hombre !

—Por mí no ; por los caireles—rectifica mo-

destamente Pablo—. Es una de esas mujeres que en cuanto ven un traje de luces se despepitan y hasta se sueltan el pelo si hace falta. Hágale usted caso ahora, sume luego los trajes de luces que hay en Madrid y saque usted las consecuencias.

—¡ Sí que le salen a uno enseguida !

—¡ Figúrese !

—¿ Y quién es ella ? ¿ La conocemos ?

—De seguro. Es una que al venir usted ocupaba aquella mesa de enfrente.

—¡ Ah ! Ya caigo. ¿ Una muy guapa y muy elegante que estaba sola ?

—La misma.

—Es una desdichada.

—Y una pesadota. ¡ Cuidado que la he dicho veces que no se moleste en venir por el café, que me deje en paz ! ¡ Pues nada ! No consigo nada. Se empeña en seguirme y me da el corazón que esta manía suya le va a costar cara, porque va a enterarse el novio, que es muy rico ¡ y calcule el disgusto !

—Las pasiones no meditan.

—Pero joroban, valga la metafórica chepa.

El «botones» que merodea mirando a Pablo con gesto de interrogación constante, se vuelve a aproximar a nosotros.

—¿ Otra vez ?—le sermonea Lalanda—. ¿ Qué quieres ?

—Es que le está usted esperando ya sabe donde—responde el chico, con acento de leve reconvencción.

—Que espere sentada. Así no se cansará. Además para que yo me entere, ¿ qué interés tienes tú en que yo vaya ? ¿ Acaso te ha ofre-

cido la interesada una buena comisión por el servicio?

—¿Qué cosas tiene usted, don Pablo!

Márchase el rapaz con visible pesadumbre,



Pablo Lalanda recibe su investidura en Madrid, siendo todavía un niño, el 2 de octubre de 1921

mientras el torero, con la cabeza baja, parece rehuir, avergonzado, nuestra mirada envidiosa que se posa en él con indagante curiosidad.

—Ahí donde ustedes le ven tiene la gran suerte para las señoras.

—¿Te quieres callar?—ataja Pablo con acento de contrariada emoción—. Va a creerse aquí el señor que yo soy un «Tenorio», y no es por ahí.

—¡Sí, que las escupes!

—Tanto como eso claro que no.

—Más provechoso hubiera sido tu viaje a París, si no te dominaran las faldas como te dominan.

—¡Y dale!

—Cuenta, cuenta la gran aventura, la de tu pasión más grande, la preferida hasta ahora.

—No le haga usted caso.

—La contaré yo entonces.

—Eso sí que no.

—¿Es algo serio?—inquirimos.

—Lo pudo ser; pero no llegó a serlo afortunadamente. Figúrese usted...

—¡Calla! ¿Has olvidado que el señor es periodista y que los periodistas lo cuentan todo?

—Prometemos nuestro mutismo.

—¿De veras?

—¡Palabra!

—En ese caso, escuche.

La mujer inolvidable

Pablo apura de un solo sorbo la copa de coñac, con la decisión del que busca en la bebida el colaborador eficaz que en situaciones de compromiso nos presta el valor y la energía necesarios para llevar a feliz término violentas terminaciones.

Después, sin atreverse a mirarnos la cara, con el rubor natural de quien confiesa un grave delito, el torero que, según los críticos, todo lo domina, menos la mujer que ha sido, es y será la eterna invencible dominadora, principia con frase torpe, pero con emoción profunda, el relato de un episodio amoroso que nos conmueve y nos asombra a un mismo tiempo.

En la relación interviene con frecuencia Manuel Gracia, quien, con su autoridad de apoderado, le obliga en momentos de vacilación, al remate de ciertas declaraciones sugestivas y de gran interés.

—¿La conociste...?—le pregunta.

—En Madrid, ya lo sabes. Nos la presentó una noche en cierto café del centro un amigo de Marcial y mío. Era una mujer estupendamente guapa. Al menos a mí me lo pareció, y como dijo no sé quien, la belleza está en los ojos del que mira. Confieso que su presencia me impresionó hondamente. Pero un gorrión no puede nunca soñar con llegar hasta un águila. El águila en este caso era ella. Su posición brillante, su tren lujoso, correspondían más bien a un príncipe ruso, chino o checo-eslovaco, que a un humilde torero que empieza a conquistar a fuerza de fatigas, el cachillo de gloria que nos asegura el triunfo en la lucha por la existencia.

Nada de esto le comuniqué a mi primo Marcial.

—Se comprende. Hay intimidades que difícilmente aciertan a salir de nuestro corazón.

—Pasaron días, semanas, meses. No volvimos a verla. Hasta que llegó el verano. Uno de

los puntos en que habíamos de torear, era Santander. ¡Qué ajeno estaba yo a la sorpresa que me aguardaba en aquel ruedo!

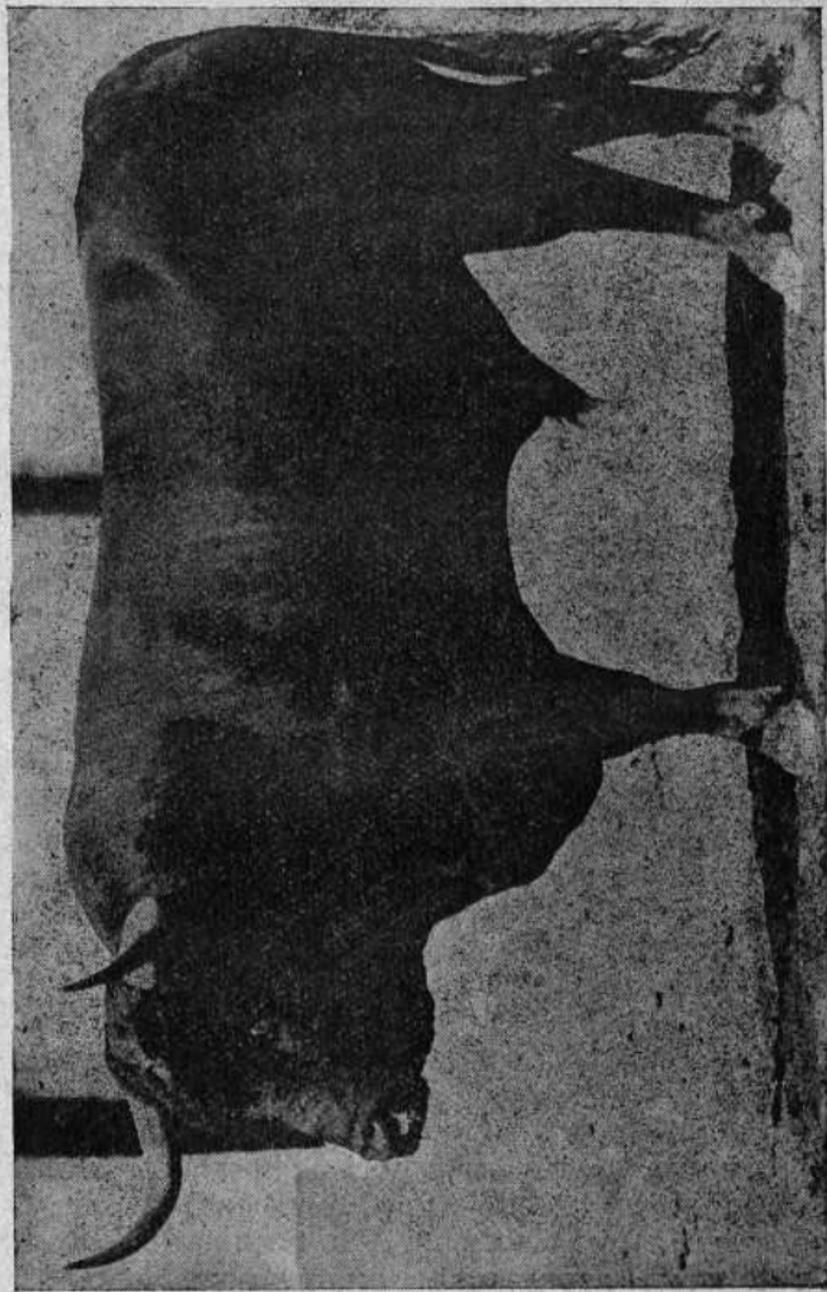
—¿Encontró usted otra vez a su bella desconocida?

—En barreras, sí, señor. La encontré más hermosa que nunca. Acompañábala un encofetado señor que inconscientemente, fué desde aquel instante el blanco de mis envidias. Al cambiar el capote de paseo por el de brega, su mano diminuta y enguantada agitóse en el aire saludándonos con expresiva efusión. Marcial y yo correspondimos, agradecidos, a su cortesía, con una marcada inclinación de cabeza. Un relámpago de celos nubló mi vista de pronto. ¿Motivos? Una sonrisa y una mirada de significada distinción dirigidas a mi primo, del que, por primera vez, me sentí celoso. «No cabe duda—pensé—, Marcial es el que le gusta». Y rabioso por tal preterición, me fuí hacia el toro, y debí estar bien, porque el público me aplaudió largamente. Hasta entonces no comprendí el por qué de ciertas heroicidades.

—Cierto. ¡Cuántas hazañas de gloria impecedera para sus ejecutores se deberán al influjo secreto de unos ojos femeninos!

—No hay nada en el mundo, creo yo, que dé más valor. Desde allí pasamos a Bilbao, reservándome la fortuna igual sorpresa. En la misma localidad, o sea en barreras también, se hallaba mi bella obsesión. Hubo algunas miradas de grata esperanza para mí. Como el poeta, creí en Dios. Y esta creencia no tardó en convertirse en fanatismo.

—¿Hubo correspondencia?



Toro de «Villar». Hermoso ejemplar en el que realizó Pablo Lalanda una gran faena en la Plaza de Madrid, concediéndosele por unanimidad la oreja

—Con número extraordinario, sí, señor. Escuche usted.

—Escucho.

—Algunos días después, en San Sebastián, tenía que torear yo solo, quiero decir sin alternar con mi primo. Fuí a la Plaza inquieto, desasosegado. Y se comprende. Me dominaba, me vencía una constante preocupación. ¿La vería aquella tarde? ¿Estaría allí? El recuerdo grato de su belleza no me dejaba tranquilo. Poco antes de pisar el anillo, mis carnes se estremecían temblorosas. Cualquiera, al observarlo, hubiera supuesto que los toros anunciados para aquella corrida pertenecían a Miura o que de lo contrario, no me inspiraban confianza alguna. Pero no. No eran de pánico, precisamente, las vacilaciones que mi corazón sentía en tales momentos.

Sonó, alegre, la música que acompaña el paseo de las cuadrillas. Mis ojos, cobardes, fijáronse en el suelo, temerosos de, al alzarse, no hallar en la barrera acostumbrada, la divina encarnación de mis ensueños. Llegamos frente al palco de la Presidencia. No tuve más remedio que alzar la vista.

¡Dicha inefable!

Bajo el palio castizo de una mantilla, vi enseguida la imagen de mis fervores. La saludé tímidamente, para no despertar posibles recelos en el señor que siempre la acompañaba. Con profunda sorpresa y regocijo, observé que mi saludo fué por ella contestado con visible y descarada complacencia. Mis pupilas buscaron entonces al acompañante. No estaba. No tardé

en cerciorarme de que iba sola. ¡Sola! ¿Para qué referirles el júbilo inenarrable que sentí? ¡Lo que yo habría dado porque aquella corrida no hubiese terminado nunca!

—¿Tan bueno era el ganado?

—¡Qué ganado ni qué garrambainas! A mí lo que me importaba era estar viéndola mucho tiempo. En vano, con este fin, me mostré pródigo en los pases de muleta. Mis faenas, como todo lo del mundo, tocaron a su término y la corrida se acabó, pareciéndome más corta que ninguna. Para desgracia mía hasta los toros, todos bravos y manejables, me impidieron con su facilidad para la lidia, la prolongación justificada del último tercio, dando lugar, de ser preciso, a que los mansos apareciesen en la arena, pero sirviéndome, en cambio, para emplear la mayor cantidad de tiempo permitido en esta suerte.

—¿Le llamarían a usted pesado?

—¡Bastante me importaba a mí lo que me llamasen!

—¿Y en qué paró aquello?

—En aquel día, por la noche, se realizó mi sueño dorado. La invité a cenar, ella aceptó, y a los postres...

—Vendría el destapamiento...

—¿...?

—De las botellas de champán. No ponga esa cara. Jamás nos gusta pecar de indiscretos.

—Así fué. Hubo champán de largo.

—¿Caerían muchas copas?

—Perdí la cuenta.

—El camarero se la presentaría después.

—Efectivamente. Y que no me faltó ni tanto



*Después de dominar a los toros en sus grandes faenas, acaricia los pitones
y lleva al ánimo del público una seguridad absoluta*

así para preguntarle al mozo si quería ingresar en mi cuadrilla. ¡Camará, qué manera de poner *banderillas*, y no de las cortas!

—¿Se prolongó mucho tiempo el idilio?

—Bastante. De allí nos fuimos juntos a Madrid; luego, en Sevilla, me la volví a encontrar. ¡Qué ratos más deliciosos los pasados con aquella mujer inolvidable!

—¿Y no la ha vuelto a ver?

—Sí. Pero ya como si no. Todo terminó entre nosotros.

—¿Por qué?

—¡Pregúnteselo usted a la vida que tiene sus tiranías irónicas y juega a su capricho con el porvenir y el destino de las criaturas! Ella nació para vivir entre otra clase de personas de más alto abolengo. La última vez que la vi iba con un ilustre personaje.

—¿Y qué pasó?

—¡Que ni me saludó siquiera!

—¡Así son todas las mujeres!

—¡No! ¡Todas no!—rectifica Lalanda, con rapidez ofendida—. Por fortuna quedan muchas aún, dignas del mayor respeto y la más honda veneración.

—Esas palabras me huelen a casorio.

—Se equivoca. No he pensado en eso todavía. Ni creo que pensaré nunca. Los cuernos y el matrimonio ya sabe usted que son incompatibles.

—Ciertísimo.

Acércase el «botones» de nuevo, con otro recado de la dama que, aunque desesperada, continúa esperando en el «bar» próximo.

Pablo le rechaza, indiferente.

Poco más tarde, callado y abstraído, nos acompaña por la calle de Alcalá.

Al desembocar en la Puerta del Sol, despídese de nosotros.

Y despacio, muy despacio, se va a la Carrera.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRÉRE

Madrid, 5 enero 1926.



Número 5 de

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

mes de marzo

La gran figura taurina de mucho
interés para los aficionados

GITANILLO



Biografía, Anécdotas,

Profusión de interesantes fotografías,

Postal firmada por el diestro

30 céntimos

CELEBRIDADES DE VARIETÉS

1	Ramper	<i>Ramper</i>	30«
2	Mercedes Serós	<i>Serós.</i>	30«
3	Elvira de Amaya	<i>Amaya</i>	30«
4	Lepo	<i>Lepe</i>	30«
5	Argentinita.	<i>Argentinita.</i>	30«
6	Chelito	<i>Chelito</i>	30«
7	Luis Esteso	<i>Luis Esteso</i>	30«
8	Pilar Alonso	<i>Pilar Alonso</i>	30«
9	La Goya.	<i>La Goya.</i>	30«
10	Casimiro Ortas	<i>Cazimiro Ortas</i>	30«
11	Spaventa.	<i>Spaventa</i>	30«
12	Pastora Imperio	<i>Pastora Imperio</i>	30«
13	Amalia de Isaura	<i>Amalia de Isaura</i>	30«
14	Lolita Méndez	<i>Lolita Méndez.</i>	30«
15	Rico y Alex.	<i>Rico y Alex.</i>	30«
16	Adelita Lulú	<i>Adelita Lulú</i>	30«
17	Imperio Argentina	<i>Imperio Argentina.</i>	30«

CELEBRIDADES DEL TEATRO

1	Miguel Fleta	<i>Miguel Fleta</i>	30«
2	Enrique Borrás	<i>Enrique Borrás</i>	30«
3	Margarita Xirgu.	<i>Margarita Xirgu</i>	30«
4	Cora Raga	<i>Cora Raga.</i>	30«

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

1	Manuel Báez «Litrí»,	<i>Litrí</i>	35«
2	Juan Anlló (Nacional II)	<i>Nacional II</i>	30«
3	Juan Belmonte García	<i>Juan Belmonte</i>	30«
5	Pablo Lalanda	<i>Pablo Lalanda</i>	30«

¡Exito! ¡Exito! ¡Exito!

de la nueva publicación

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

cuyos primeros números, se están agotando ya, debido al enorme interés de las relaciones documentadas, por medio de entrevistas, efectuados por el notable y popular literato,

Adolfo SÁNCHEZ CARRÉRE

- Núm. 1. **Manuel BÁEZ "LITRI"**
«El torero que se ríe de la muerte»
- » 2. **Juan ANLLÓ "NACIONAL II"**
«El matador valiente matado cobardemente»
- » 3. **Juan BELMONTE**
«El coloso de la emoción»
- » 4. **Pablo LALANDA**

Biografía y Anécdotas

Profusión de fotografías inéditas y exprofeso para esta publicación. — Con cada libro se regala una postal firmada por el diestro

Precio popular: **30** céntimos

Pedidos a: **BIBLIOTECA FILMS**
Calabria. 96, despachos núms. 1 y 4 - Barcelona

Solicitamos corresponsales

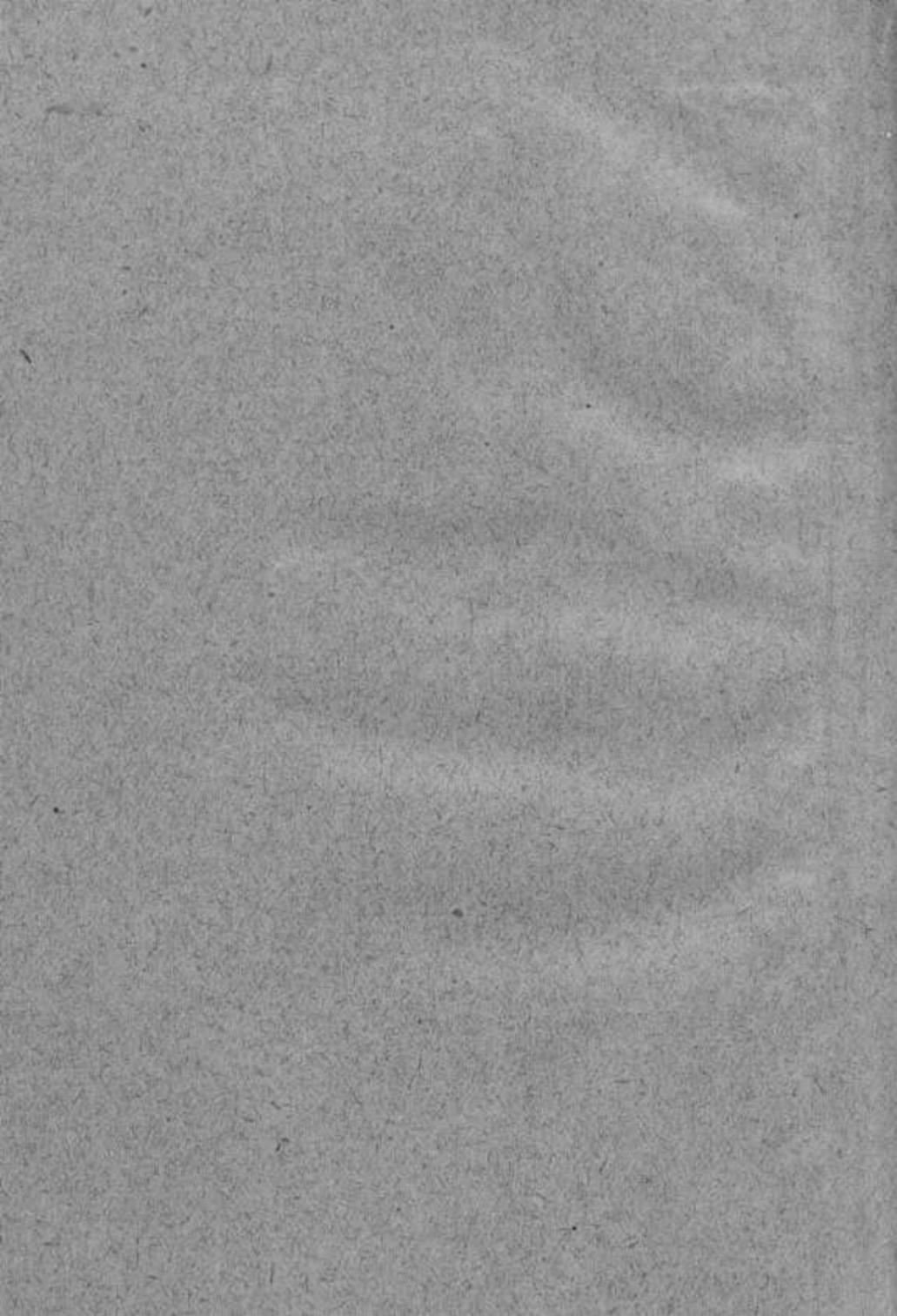
LOS TREINTA AÑOS
DEL MUNDO

ANIVERSARIO DE LA

UNION AYER, HOY Y MAÑANA
DEL MUNDO

Por el Sr. D. J. G. G.

OTRO MUNDO



2771

EXCERPTOS
NICOLAS
S. BOUTON, 35-1771

